

Riccardo Bernardini entrevista a Bernardo Nante

BERNARDO NANTE, nacido en Buenos Aires en 1955, en donde reside, está casado y tiene dos hijos. Es doctor en filosofía; posee estudios superiores de Psicología, Estudios Orientales, Matemáticas y Economía. Es Profesor Titular de Filosofía de la Religión en la Facultad de Filosofía y Letras y de Mitología General y Comparada en la Escuela de Estudios Orientales de la Universidad del Salvador, en Buenos Aires. Es Profesor visitante en varias universidades e instituciones nacionales e internacionales y Asesor de la Cátedra de la Unesco Edgar Morin. Es Presidente de la Fundación Vocación Humana y de su Instituto de Estudios Junguianos. Es autor de numerosos trabajos que versan sobre el correlato entre filosofía, antropología y religión, y en particular sobre las fuentes alquímicas de la obra de C.G. Jung. Estuvo a cargo de algunos volúmenes de la edición española de la *Obra Completa* de Jung, publicado en España, y de la edición española de *El Libro Rojo* (2010). Recientemente ha publicado *El Libro Rojo de Jung. Claves para la comprensión de una obra inexplicable* (2010), aparecida en italiano editada por Bollati Boringhieri (2011).

Querido Bernardo, tu producción intelectual, que atraviesa los campos de la filosofía, la psicología, la historia de las religiones y de la antropología, sugiere que has tenido una formación interdisciplinaria y ecléctica. ¿Puedes resumirnos las etapas fundamentales de tu formación cultural y los encuentros que crees que han sido, en este sentido, más determinantes?

Tardé muchos años en comprender que ya de niño era víctima de un *humor melancholicus* que me hacía añorar vaya a saber qué mundos misteriosos y lejanos. Buenos Aires – ciudad en donde nací y me crié –, era entonces una metrópolis nostálgica, por un lado signada por una cultura europea que posee a medias, por el otro, algo aislada de ese vasto desierto fértil que son las pampas. Ir al campo me permitía sincerar esos grandes espacios metafísicos que gravitaban de modo inquietante en mis noches ciudadanas. En casa de mis abuelos se hablaba un francés anticuado, mechado con italianismos, y en mi escuela inglesa un inglés casi victoriano. En mi familia paterna solo se mencionaba nuestro lejano parentesco con Alfonsina Storni y en mi familia materna, de origen portugués, nuestro parentesco con Euclides da Cunha, el gran escritor brasileño. Me crié algo depaysé; era el menor de la familia, tan cuidado como solitario, aunque el humor verbal hacía brillar los encuentros familiares. Mi padre, abocado con escaso éxito a sus negocios, ocultaba sus juveniles intereses filosóficos y humanísticos y había incursionado en la psicología y también un tanto – aunque casi en secreto – en ciertas prácticas ocultas. Así, la lectura discreta de algunos libros de la biblioteca paterna me permitieron transformarme en un improvisado hipnotizador; a los quince años hipnoticé con espanto por primera vez a una jovencita de mi edad. Leí y más tarde investigué metapsíquica (Richet) y parapsicología en las obras de Rhine. (Muchos años después conocí bastante a fondo la extraña obra de Rej dak y la psicotrónica.) En aquel entonces leía erráticamente a Verlaine y a Rimbaud, entre otros, mientras los imitaba con gran deficiencia. Los viajes a Europa, sobre todo a Italia y a Francia, en razón de mi educación, un *déjà vu*, pero también una decepción, pues no encontré allí ni a Victor Hugo, ni a Dante. Me interesaba mucho menos la literatura española, aunque después me enamoré de Fray Luis de León, San Juan de la Cruz y Santa Teresa. A los quince años de edad, habiendo leído la *Ilíada* y la *Odisea* y numerosas obras de Shakespeare pero sólo un cuento de Jorge Luis Borges, mi escuela me envió a hacerle una entrevista a Jorge Luis Borges, con quien me encontré en otras oportunidades y quien me abrió la puerta a todas las literaturas. Leí su obra completa en pocos meses y bajo su impulso ingresé en la filosofía por el idealismo, particularmente el de Berkeley y Schopenhauer; un feliz e inevitable camino equivocado de la modernidad, que me hizo descubrir a un Platón iniciático y, más tarde, a las

corrientes medioplatónicas y pitagóricas. La presión familiar y el principio de escasez me empujó al estudio universitario de las ciencias económicas; pero la ciencia triste me desencantó. Las matemáticas que allí se cultivaban eran exasperantemente básicas y sólo me interesó la historia de las ideas económicas. Un descubrimiento algebraico juvenil que denominé ridículamente “polipotencias” y las paradojas de Zenón de Elea me llevaron a interesarme por las matemáticas y a pasar noches enteras resolviendo integrales y derivadas. Ingresé simultáneamente a la carrera de matemática en donde gocé por un tiempo del mundo de la pura abstracción. Me absorbió el problema del infinito hasta que decidí abandonar al “infinito malo” matemático y a abocarme a la metafísica. A los 19 años, sin dejar el estudio de la matemática, ingresé a la carrera de filosofía, pero esta vez la situación caótica de la universidad pública me llevó a estudiar con los jesuitas. En la universidad jesuita podíamos leer reclusos a Marx o a la Escuela de Frankfurt, si bien se cernía sobre todos la amenazante sombra de la censura del mundo exterior. No obstante, la mirada metafísica faltaba. Por supuesto, se estudiaban los textos clásicos con seriedad pero la *Stimmung* era política, casi ideológica. La izquierda hegeliana y la reducción del saber a una aproximación sociológica me resultaban deprimentes. En la universidad interesaban sobre todo las cuestiones epistemológicas y políticas y se había puesto de moda la teología y la filosofía de la liberación. Se insistía, con apoyo en fuentes francesas y alemanas, en la importancia de que había que ser latinoamericano, cosa que, por cierto, no podíamos dejar de ser. Tardé en reconocer cierta relevancia a tales aproximaciones y sobre todo el valor de los saberes autóctonos, de la cultura indígena, sin que esto estuviera teñido ideológicamente. El estudio de la cultura mapuche estuvo más motivado por el hallazgo casual de puntas de flechas al borde del lago Nahuel Huapi y el estudio de la lengua guaraní, cedió rápidamente al de la lengua rusa. En aquel entonces un interés espiritual por la metafísica era considerado anacrónico y casi contra-revolucionario. Sin duda, sufrí el clima opresivo de la represión militar como la mayoría, pero asimismo me veía obligado a acudir a la universidad ocultando en unos sobres opacos los textos más “subversivos”: desde la Tabla de Esmeralda hasta Guénon. Nunca dudé – y no dudo – que conocer es recordar. Un texto de Jámblico sobre los acusmáticos me hizo descubrir el significado de la iniciación y me vinculé con varias corrientes esotéricas, muchas de las cuales me decepcionaron, aunque me permitieron hacerme de amigos. Con el tiempo descubrí que algunos compañeros de estudio, aunque los menos, también compartían mis mismos intereses espirituales, sin por eso permanecer ajenos a la grave situación social y política reinante. A nivel académico me refugié en los estudios clásicos y perfeccioné mi latín y mi griego; recuerdo haber llorado cuando pude leer de corrido un texto platónico en griego a primera vista, algo de lo que ya no soy capaz de hacer. Las matemáticas me daban cierta seguridad y mi facilidad para el cálculo hizo que ya a los veinte años fuera auxiliar de cátedra de lógica. Abordé lecturas imposibles, como por ejemplo los *Principia Mathematica* de Bertrand Russell y me adentré en las cuestiones metamatemáticas. Estudié con fascinación el teorema de Gödel y también su prueba de la existencia de Dios. En la universidad, la matemática comenzó a resultarme banal, pues se trataba más de la eficacia del cálculo que de la comprensión del número en su aspecto cualitativo, cuestión que siempre me inquietó. Creí que los hipercubos iban a hacerme comprender algo de lo inasible, pues ya sospechaba lo que después leí sobre la cuarta dimensión de los platónicos de Cambridge. Heidegger me interesó, pero luego comprendí que mis reticencias podían resumirse en las palabras de Pierre Trotignon: la hermenéutica heideggeriana nos da la impresión de ser una teosofía sin teofanía. Me interesó mucho más la lectura de una de sus fuentes ocultas, por ejemplo, Jakob Boehme y, más tarde me adentré en los teósofos franceses. El Seminario sobre Heidegger lo aprobé gracias a la amplitud de la titular de cátedra, devota del filósofo, que no tomó como una boutade que mi trabajo monográfico consistiera en un largo poema sobre la Palabra, escrito en serventesios. No dejé de interesarme en los planteos filosófico-antropológicos contemporáneos, en Scheler, Cassirer, etc., el

existencialismo, el espiritualismo francés, etc., pero siempre recorrí sus textos con un interés que se desgastaba pues esas lecturas no alimentaban mi imaginación. Por aquel entonces recién comenzaban a leerse los autores postmodernos, sobre todo a Foucault y a Deleuze, pero me decepcionaron porque el alejamiento a la centralidad de la razón y del sujeto moderno no da lugar a una apertura al misterio. Por eso completé esas lecturas con estudios etnológicos y psicológicos en donde hallé horizontes más estrechos, pero aportes más ciertos. En mis posteriores estudios universitarios de psicología sólo rescaté la psicopatología que es reductiva, pero que permite repensar desde el síntoma al mundo simbólico. Así pasé de la esquizofrenia y la epilepsia al estudio del chamanismo. Mi primera tesis versó sobre el pitagorismo antiguo; me interné durante dos años en la biblioteca de antigüedades que había legado Rodolfo Mondolfo al Instituto de Cultura Italiano e intenté reconstruir la extraña relación entre mística y filosofía en la antigua escuela de Crotona. El Padre Ismael Quiles, filósofo, teólogo y orientalista, me abrió las puertas del mundo oriental; me aboqué de lleno al estudio de las religiones y a una incursión en el diálogo interreligioso. Ingresé como joven investigador al Instituto Latinoamericano de Investigaciones Oriente - Occidente. Luego de investigar sobre San Agustín y Sciacca, estudié a Teilhard de Chardin y Aurobindo. A este jesuita y a otros estudiosos les debo el mundo del yoga, la lectura inicial de Patanjali y el interés por la Escuela de Kyoto. Luego leí a Shankara y a Gaudapada y estudié algo de sánscrito. Conocí y trabé una amistad intelectual con Francisco García Bazán, con el cual más tarde realicé algunas investigaciones y quien - con su enorme erudición - me permitió ahondar en las fuentes gnósticas y, sobre todo, en la interesante interrelación tardoantigua entre cristianismo eclesial, judaísmo, gnosticismo y neoplatonismo, sin olvidar los textos medioplatónicos y las fuentes teúrgicas. Me doctoré con una tesis sobre "Una aproximación filosófica a la obra de Jung", base de una psicología "cosmológica" abierta a una metafísica y articulada con una ascesis, que constituye la base de todo mi trabajo filosófico. Paralelamente, un interés creciente por el problema del conocimiento y por la articulación de una epistemología transdisciplinaria me vinculó a la obra y a la persona de Edgar Morin y llegué a ser asesor de la cátedra Unesco dedicada al pensamiento complejo. Sin descartar el valor de su obra, pienso que aún está en ciernes una suerte de epistemología simbólica capaz de articular saberes modernos y tradicionales. A los treinta años fui profesor ordinario de Historia de la Filosofía Antigua y más tarde de Mitología General y Comparada en la Escuela de Estudios Orientales de la Universidad del Salvador. Por último fui primero profesor de Antropología Filosófica y más tarde de Filosofía de la religión de la Facultad de Filosofía. También organicé y coordiné un Master en Teoría e Historia de las Religiones que fue pionero en nuestro país. Actualmente - y más allá de mi condición de profesor visitante en varias universidades - debido a mi labor en la Fundación Vocación Humana, solo mantengo mi condición de profesor titular en la Comisión de Doctorado de la Facultad de Filosofía de la Universidad del Salvador, en donde evalúo o dirijo tesis e investigaciones. En todas mis investigaciones intenté nutrirme no sólo de las grandes aproximaciones filosóficas y científicas para abordar al hombre o a la religión, sino también de los textos fuentes. Estudié con empeño y con poco éxito el arcádico para comprender a Gilgamesh y me adentré en la lengua egipcia; conocimientos hoy sepultados en mi frágil memoria. Con Héctor Ciochini encaré una vasta investigación sobre las estatuas animadas y así me adentré en el estudio del Renacimiento a través de la Escuela Warburg. Leí, entre otras, la obra de Frances Yates y trabajé sobre algunas de sus fuentes, tales como Bruno, Agripa, Lomazzo, etc. Más allá de las fuentes antiguas, fueron los autores que sentaron la tradición de Eranos quienes más marcaron mi trayectoria cultural; Jung, Eliade, Zimmer, Scholem, Corbin, etc., aunque también los tradicionalistas, Guénon, Evola, Burckhardt, etc. También leí con gran provecho la obra de Raimon Panikkar y de Elémire Zolla; de este último me interesaron particularmente sus aportes a la comprensión de la experiencia metafísica y de la imaginación creadora, así como su capacidad para relacionar con gran erudición y agudeza textos y autores

de las más variadas procedencias. Pero, sin duda, el encuentro más importante en mi vida espiritual fue a los 22 años, cuando conocí a un “hombre oculto” de 76 años llamado Benito que durante casi catorce años fue mi Maestro espiritual. Él me introdujo, por así decirlo, a que yo encontrara sentido a mis experiencias juveniles, alentó la prosecución de mis estudios y, sobre todo, me dio claves teórico-prácticas para el acceso al “mundo imaginal”. Con él vislumbré el profundo significado del *verbum magitri*: “*Habentibus symbolum facilis est transitus*”.

Respecto de tu carrera académica: ¿Puedo preguntarte qué peso tuvo tu particular y personal sensibilidad por la dimensión religiosa, a la cual recién te has referido?

Mi infancia fue tan feliz como nostálgica; rodeado de afecto pero aislado en mi mundo interior y preñado de misterio. En el campo familiar y en la casa de montaña de mi abuelo, en Bariloche (a 1700 km de Buenos Aires) revivía en vigilia el misterio del universo. Tal fue sin duda la dimensión religiosa que estuvo presente desde mis inicios. Me eduqué en el catolicismo y recuerdo la emoción que en mí suscitó la primera comunión a los siete años de edad. A los quince años me terminó de frustrar la ausencia de misterio en la Iglesia e intenté sin éxito tornarme agnóstico. La teodicea y las pruebas de la existencia de Dios y sus refutaciones me interesaron y empobrecieron mi fe pero sobre todo debilitaron mi fe en la razón. Admiro a Kant, pero también acepto lo que sostiene con humor metafísico Macedonio Fernández, maestro de Borges: “codear fuera a Kant es lo primero en metafísica”. Estudié ruso para adentrarme en la teosofía pues advertí que el mundo ortodoxo y su énfasis icónico mantenía más viva la relación con el símbolo y el misterio. Me acerqué al estudio de la filosofía por un interés “religioso” en el sentido de “*relegere*”; un saber observante que a través de un cuidado del alma (*epiméleia*) abre a la profundidad del hombre, del mundo, de la trascendencia. Pude advertir que la experiencia mística o la realización metafísica están a la base de todas las religiones, por más que en su dimensión exotérica esto no siempre sea evidente. Así, la comprensión de la diversidad de los fenómenos religiosos hallan una primera unidad en el sujeto preñado de una apertura al misterio de lo sagrado. Tal es la actitud que guía toda aproximación a las religiones y, hasta donde puedo, a todo saber: *anima naturaliter religiosa*.

Me gustaría preguntarte, Bernardo, a la luz de lo que me contaste sobre tu formación intelectual y, también, acerca de esta última idea – anima naturaliter religiosa, que Jung hizo propia mutándola de la “fórmula insuperable”, anima naturaliter cristiana, de Tertuliano –; ¿cuándo y en qué modo Jung ingresó en tu recorrido? ; ¿Cuándo has encontrado sus obras?; ¿Qué han significado para ti?

Comencé a leer a Jung de modo sistemático por mi cuenta hacia los veinte años de edad, pues este autor no tenía – y no tiene – un lugar significativo en los estudios universitarios de mi país, ni en las facultades de psicología, ni en las de otras disciplinas humanísticas. Jung constituyó para mí un puente fundamental para darle un asidero psíquico a la dimensión religiosa y, asimismo, fue un puente entre Occidente y Oriente, entre la psicología y la filosofía. Gracias a Jung, pude releer en otra clave los textos orientales y, asimismo, me acercó a los textos alquímicos griegos, latinos, etc... desde Zósimo de Panópolis hasta el Fausto II de Goethe. Pero Jung también fue y es un aval académico para introducir temas que de otro modo resultarían más espinosos en ese medio. Lamentablemente, hasta donde yo se, el “mundo junguiano”, con raras excepciones, en vez de ahondar en la dirección abierta por Jung, tiende a reducir su *démarche* a una cuestión meramente clínica o académica.

En esto estoy totalmente de acuerdo. Pienso, por ejemplo, en cómo la historiografía más reciente ha puesto en evidencia la gradual sustitución, en el curso de decenios, de la idea originaria de “psicología compleja” – con la cual Jung había identificado un programa interdisciplinario ambicioso y pionero que encontró su más alta expresión en el proyecto de Eranos –, con aquella de “psicología analítica” que, en cambio, limita a una aplicación clínica (y, en consecuencia, más restringida) a su pensamiento. Tu eres conocido, querido Bernardo, más allá de tus numerosas publicaciones más especializadas, por un texto que ha tenido un gran suceso y una amplia difusión: El Libro Rojo de Jung. Claves para la comprensión de una obra inexplicable, en el cual propusiste una lectura del emblemático diario de Jung sobre “la confrontación con lo inconsciente”, manteniéndola – si se puede decir – “abierta”, es decir, no interpretativa en sentido reductivo. ¿Cómo se inserta este ponderoso trabajo tuyo en el ámbito de tu producción literaria global?

Si descartamos algunas obras de difusión, pueden dividirse mis estudios precedentes en tres grandes grupos; primero, aquellos trabajos más especializados dedicados a la obra de Jung; segundo, estudios vinculados al estudio de textos tradicionales, particularmente alquímicos o temas vinculados a lo simbólico y, por último, trabajos más originales que intentan dar cuenta de una propuesta filosófico-psicológica en alguna medida original. De estos últimos aún he publicado muy poco, acaso por considerar que requieren una mayor maduración y una cuota de osadía que solo ahora comienza a despuntar. La Guida, aunque responde en principio al primer grupo, sienta las bases del último grupo, pues abre cuestiones que requieren un desarrollo que no es estrictamente junguiano.

La Fundación Vocación Humana, a la que has dado vida y todavía animas con gran pasión e increíble energía, otorga gran importancia al pensamiento de Jung, pero representa un unicum entre tantas otras instituciones que, más o menos explícitamente, se inspiran en el pensamiento del gran psicólogo suizo. ¿Puedes presentarnos brevemente la historia y el espíritu de tu proyecto?

Mi interés por la filosofía como forma de vida y como compromiso espiritual me llevó a organizar pequeños grupos de estudio e investigación fuera del ámbito universitario. Hace unos treinta años comencé a reunir grupos para estudiar textos, tratar temas filosóficos, psicológicos y espirituales en relación con la vida y también para hacer prácticas meditativas. Participaban ex alumnos, amigos y luego otras personas que se enteraban de nuestra actividad “de boca a oído”. Uno de los grupos, ahora asimilado a la Fundación, aún perdura y lleva veinte años consecutivos estudiando las fuentes de Jung. Con el tiempo comprendí que el empeño era en última instancia espiritual y que era necesario crear una formación que sistematice esa experiencia, manteniendo la condición de ser tan rigurosa como vital, tan sistemática como abierta. Es así como creé, con la ayuda de algunos colegas y amigos, la “formación para la vocación humana”, que se apoya en saberes teóricos y prácticos tomados de las tradiciones espirituales y retomados por una serie de autores y hombres espirituales contemporáneos. “Vocación humana” alude al llamado interior que todo ser humano recibe para desarrollar sus propias potencialidades. No se limita a una vocación profesional, aunque la incluye. Todo ser humano tiene una vocación única e irrepetible que consiste en ser más sí mismo y que, lejos de encerrarlo en una actitud egoísta, lo compromete a la vez con su propia profundidad, con el prójimo y con el mundo. Nuestra formación no descubre por sí sola esa vocación; sólo aspira a ayudar a que cada uno se forme para realizar un camino de descubrimiento y desarrollo de su vocación de acuerdo con sus propios criterios y recursos. En definitiva, se trata de que cada uno sea un “filósofo cosmovisional” y un ser humano capaz de tornar más explícita, rica, abierta y

rigurosa su propia cosmovisión. La formación comenzó en el 2003 y a fines de 2005 creamos la Fundación que no se limita a la mencionada formación sino que asimismo realiza, siempre con el mismo propósito, numerosas actividades docentes, de investigación, artísticas, culturales y solidaria.

A la luz de todo lo que me escribís, entiendo, por lo tanto, que el recorrido de autoconocimiento y de crecimiento personal promovido en la Fundación Vocación Humana no puede definirse ni como una “psicoterapia” ni, mucho menos, como una “iniciación” en el sentido más “tradicional” del término. Me parece que te remites, en cambio, a la idea, central en el pensamiento junguiano, de “individuación”, entendida como “realización de sí-mismo”, en el sentido más amplio que podamos atribuirle a esta expresión. ¿Es esto correcto?

Sí, es correcto. La formación para la vocación humana y todas nuestras actividades no tienen un propósito terapéutico y tampoco proveen una iniciación al modo tradicional. Ahora bien, si bien no se trata de una iniciación, los saberes que se imparten invitan a una mutación ontológica, es decir, tienen – en sentido amplio – un alcance iniciático que no surge de una transmisión iniciática determinada, sino de la promoción de un cambio de consciencia y, por ende, del ser que depende de cómo cada uno administra y reelabora los saberes impartidos. Debe señalarse que la Fundación es espiritual porque acepta y promueve la dimensión espiritual del hombre. Pero, si bien acepta la dimensión trascendente del hombre, no propone una doctrina determinada en relación con las cuestiones últimas, a saber, la concepción de Dios o lo Absoluto y el destino trascendente del hombre y del cosmos. El énfasis no está puesto en la verdad de una determinada doctrina espiritual, sino en la verdad espiritual de cada doctrina, que resplandece en la medida en que se viva de corazón. La Fundación Vocación Humana es un movimiento espiritual porque mueve a la espiritualidad, no porque proponga una modalidad particular de espiritualidad. También es importante remarcar que la Formación para la Vocación Humana respeta todas las religiones y promueve que cada persona ahonde su religiosidad intrínseca dentro o fuera de alguna denominación y a consciencia de cada uno.

En estos últimos años se ha venido solidificando la colaboración entre la Fundación Vocación Humana y la Fundación Eranos. ¿Qué afinidades tienen en común entre estas instituciones; la primera en Buenos Aires y la segunda en Ascona, Suiza; y qué iniciativas conjuntas crees que podrán ser desarrolladas en un futuro próximo?

Nuestra Fundación carece de la extraordinaria historia cultural y espiritual de la Fundación Eranos, pero se nutre de las mismas raíces y comparte el interés por la resacralización de la vida contemporánea. Ambas instituciones están interesadas por enlazar el saber a la vida y por poner los conocimientos académicos al servicio de un cambio integral de las personas y de la sociedad. Además existe una gran afinidad con quienes tienen a su cargo el destino de la Fundación Eranos, personas de gran cultura y sensibilidad humana. Quiero mencionar, en particular, a su Presidente, el Prof. Fabio Merlini, y a su Secretario Académico, el Dr. Riccardo Bernardini. Actualmente existe un proyecto conjunto de investigación y publicación titulado “Eranos a través de imágenes”, que intenta recoger el trayecto espiritual de Eranos a través de un registro iconográfico sugestivo. Asimismo, existen varias ideas de realización de actividades conjuntas, de docencia, investigación y publicación, ya sea en Europa o en Argentina.

